

tratar de este monasterio en otra parte, con la detención que merece, procuremos estudiar los tiempos en que floreció la religión franciscana en nuestra patria, penetrando en el santuario de la vida de sus fundadores. La existencia y las glorias del instituto se reflejan en los hechos de sus hijos.

V.

Fray Martín de Valencia.

L.

Rezaban maitines en el coro los religiosos de Santa María del Hoyo, en Extremadura, y cuando ya terminados los salmos era llegada la hora de las lecciones, levantándose de su asiento un fraile, en cuyo rostro se pintaba la austeridad de costumbres, se encaminó al púlpito, desde donde aquéllas se recitaban. Un momento después, leía en voz apenas perceptible, un fragmento de las profecías de Isaías, cuya lectura no puede menos de elevar á la alma en alas de la contemplación, á las regiones del entusiasmo y del misterio.

Poco á poco iba el fraile levantando la

voz al recitar la lección sagrada, hasta que, llegando á cierto pasaje, en que pareció deleitarse singularmente, como sabiendo fuera de sí y lleno de júbilo, se interrumpió, exclamando: “¡Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo!”

A estas palabras, proferidas casi á gritos, creyendo los demás religiosos que el lector se volvía loco, le tomaron del púlpito, le llevaron á una celda, y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro á terminar los maitines.

Entre tanto, aquel religioso singular permaneció atónito en la cárcel, donde se le había dejado, pasando en ella todo lo restante de la noche. En amaneciendo, volvió en sí; mas como se viese en tinieblas, quiso abrir la puerta ó la ventana, y no lográndolo, atinó desde luego con lo que le había sucedido, sonriendo al pensar en el temor que sus hermanos parecían haber abrigado, de que como loco, no se arrojase por la ventana.

Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemente á que se cerciorasen que no lo merecía, y entre tanto, puesto de rodillas oraba con fervor, exclamando á veces: “¡Oh! ¿y cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No sería yo digno de ver este con-

vertimiento, pues ya estamos en la tarde y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?"

El hombre á quien sucedía tan extraña aventura, era nada menos que el futuro superior de la Colonia franciscana, destinada á plantar el estandarte del cristianismo en estas regiones: era el venerable P. Fr. Martín de Valencia

II.

Este insigne varón fué natural de la Villa de Valencia, llamada de D. Juan, que está situada entre la ciudad de León y la Villa de Benavente, en la ribera del Esla. Nada sabemos de las circunstancias de su nacimiento ni de la posición social de sus padres, si bien podemos conjeturar que serían éstos de excelentes costumbres, atendida la buena y cristiana educación que supieron dar á su noble hijo, y cuyos frutos cosecharon más tarde, tanto España como México. Tampoco sabemos nada acerca de los primeros años de su juventud, pues su vida permanece envuelta en una completa obscuridad, hasta que le vemos retirarse al claustro, tomando el hábito de San Francisco en el convento de la Villa de Mayorga, provincia de Santiago, que es uno de los más antiguos de España.

Tuvo allí por maestro á Fr. Juan de Argumanes, excelente guía, con cuyas sabias lecciones hizo notables progresos, no menos en la ciencia que en la virtud; y ya profeso volvió á Valencia, por mandato de los superiores, de donde salió no mucho tiempo después, y muy contento, pues la compañía de sus parientes y conocidos solía distraerle del tenor de vida que había adoptado. Dedicábase ardentemente á la contemplación de las eternas verdades, y apeteciendo, por tal motivo, el recogimiento y el retiro del yermo, solicitó y obtuvo, pasar á vivir al monasterio de Santa María del Hoyo, donde ocurrió el peregrino incidente que acabamos de referir: ¿qué misterio encerraba este suceso tan malamente apreciado por los monjes?

Más tarde lo sabremos

III.

Aunque suele el hombre enderezar su vida hacia un objeto que no es el que la Providencia le destina, rara vez deja de conocer, por ciertos movimientos interiores, que aún no acierta con el camino que le señala su verdadera vocación. El corazón en este estado, es una nave sin piloto, á merced de las olas de la incertidumbre. Pero llega al fin el instante de-

cisivo en que calmándose la tempestad de la inconstancia, y revelándose al mortal su verdadero destino, ya no vacila entre las mil sendas que se ofrecen á sus ojos, y de todos los elementos de su ser, de sus mismas pasiones, saca fuerza para encaminarse adonde le llama su estrella.

Nuestro buen fraile, como se ha visto, parecía exclusivamente nacido á la vida contemplativa, según el amor que mostraba á la soledad y al apartamiento del trato con sus semejantes. Así lo creyó él mismo por algún tiempo; mas hallándose en el monasterio poco antes mencionado, estuvo á punto de variar de su primer propósito. Un biógrafo, el P. Motolinía, nos describe con los más vivos colores, el estado de perplegidad en que cayó esa vez el P. Valencia, indicándonos también el medio singular de que Dios se valió para librarle del escollo.

“Comenzó (dice) á tener en su espíritu muy gran sequedad y dureza, y tibieza en la oración; aborrecía el yermo; los árboles le parecían demonios; no podía ver los frailes con amor y caridad; no tomaba sabor en ninguna cosa espiritual; cuando se ponía á orar, hacíalo con gran pesadumbre; vivía muy atormentado. Vínole una terrible tentación de blasfemia contra la fe, sin poderla lanzar de sí; pa-

reciale que cuando celebraba y decía misa, no consagraba, y como quien se hace grandísima fuerza y á regaña dientes comulgaba; tanto le fatigaba aquesta imaginación, que no quería ya celebrar, ni podía comer. Con estas tentaciones habíase parado tan flaco, que no parecía sino tener los huesos y el cuero, y parecía á él que estaba muy esforzado y bueno. Esta sutil tentación le traía Satanás para derrocarlo de tal manera, que cuando ya le sintiese del todo sin fuerzas naturales le dejase, y así desfalleciese y no pudiese tornar en sí, y saliese de juicio; y para esto también le desvelaba, que es también mucha ocasión para enloquecer; pero como Nuestro Señor nunca desampara á los suyos, ni quiere que caigan, ni da á nadie más que aquella tentación que puede sufrir, dejóle llegar hasta donde pudo sufrir la tentación, sin detrimento de su ánima, y convirtiéndola en su provecho, permitiendo que una pobrecilla mujer le despertase y diese medicina para su tentación; que no es pequeña materia para considerar la grandeza de Dios; que no escoge los sabios sino los simples y humildes, para instrumentos de sus misericordias, y así lo hizo con esta simple mujer que digo.

“Que como el varón de Dios fuese á pedir pan á un lugar que se dice Roble-

da, que son cuatro leguas del Hoyo, la hermana de los frailes del dicho lugar, viéndole tan flaco y debilitado, dijole: ¡Ay, padre! ¿y vos qué habéis? ¿Cómo andáis, que parece que queréis expirar de flaco, y cómo no miráis por vos, que parece que os queréis morir?—Así entraron en el corazón del siervo de Dios estas palabras, como si se las dijera un ángel, y como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó á abrir los ojos de su entendimiento, y á pensar cómo no comía casi nada, y dijo entre sí:—Verdaderamente, esta es una tentación de Satanás—y encomendándose á Dios que le alumbrase y sacase de la ceguedad en que el demonio le tenía, dió la vuelta á su vida. . . . Después que fué librado de aquellas tentaciones, quedó con gran serenidad y paz en su espíritu, gozabase en el yermo, y los árboles, que antes aborrecía, con las aves que en ellos cantaban, parecíanle un paraíso, y de allí le quedó que doquiera que estaba, luego plantaba una arboleda, y cuando era Prelado, á todos rogaba que plantasen árboles, no sólo frutales, sino de los monteses, para que los frailes se fuesen allí á orar.

“Asimismo le consoló Dios en la celebración de las misas, las cuales decía con mucha devoción y aparejo, que después de matines, ó no dormía nada, ó muy po-

co, por mejor se aparejar; y casi siempre decía misa muy de mañana, y con muchas lágrimas, muy cordiales, que regaban y adornaban su rostro, como perlas.”

Así se vió libre el V. P. Valencia de aquella suma de padecimientos inefables que abrumaban su vida, y que amenazaba precipitarle en un abismo. Por el fragmento que acabamos de dar á conocer, se habrá visto hasta dónde llegaba la sencillez y pureza de costumbres del religioso, y cómo ageno ya del hastío que por algún tiempo le causó el retiro, se afirmó más en el estado que había elegido en su juventud.

“Con todo, un nuevo deseo se apoderó de su alma, un deseo vehemente que quiso á toda costa realizar. Para expresarlo nos serviremos de las palabras mismas del escritor citado antes. “Otro sí: de allí adelante tuvo gran amor con los otros frailes, y cuando alguno venía de fuera, recibíale con tanta alegría y con tanto amor, que parecía que le quería meter en las entrañas; y gozabase de los bienes y virtudes ajenas, como si fuera suyas propias; y así perseverando en aquesta caridad, trájole Dios á un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las ánimas, vino á de-

sear padecer martirio, y pasar entre los infieles á convertirlos y predicar: aqúese deseo y santo celo alcanzó el siervo de Dios, con mucho trabajo y ejercicios de penitencia, de ayunos, disciplinas, vigi-lias y muy continuas oraciones." Pero este mismo deseo y este mismo celo fueron también en lo sucesivo los únicos que dominaron en su alma, identificándose con su naturaleza, y comunicándole á torrentes ese entusiasmo con que abrazó el proyecto de trasladarse á los países más remotos para evangelizar á pueblos gentiles. Esta era su verdadera vocación.

IV

Consecuente con ella nuestro apóstol, echó mano de los medios más eficaces para comenzar desde luego la gloriosa carrera de sus benéficas labores; pero, ¡cuántos obstáculos tenía que allanar antes de dar el primer paso! Previene la regla de los frailes menores, que si alguno por divina inspiración fuere movido á desear ir entre los moros ú otros infieles, pida licencia á su provincial para efectuar su deseo; y ajustándose él á este ordenamiento, solicitó la referida licencia por tres veces. Una de ellas,—pero

dejemos hablar al candoroso Motolinia—“una de estas veces habla de pasar el río, el cual llevaba mucha agua é ibarecio tanto, que tuvo que hacer en pasarse á sí solo, y fué menester que soltase unos libros que llevaba, entre los cuales iba una biblia, y el río se los llevó un buen trecho; y él encomendando al Señor sus libros y rogándole que se los guardase, suplicándole á Nuestra Señora que no perdiese sus libros, en los cuales él tenía cosas anotadas para su espiritual consolación, fuélos á tomar buen rato el río abajo, sin haber padecido detrimento ninguno del agua.”

Pero le fué negada la licencia tantas veces cuántas la pidió, sin que conste cuál fuese la causa de esa negativa: acaso no inspiró la suficiente confianza para acometer y llevar á buen término su empresa, pues suele acaecer que para la realización de los humanos proyectos, sean pospuestos cabalmente los hombres más aptos y merecedores. Con todo, él no desmayó, como que entre sus innumerables prendas, poseía en grado eminente la constancia.

Por este tiempo pasó á morar en compañía del P. Fr. Juan de Guadalupe, en un convento de la custodia de la Piedad, donde se observaba la más rígida pobre-

za: perseguidos allí por los malos frailes, á quienes daban envidia la estrechez y aspereza en que vivían, se refugiaron en una isla formada entre el Tajo y el Guadiana, "que ni bien es en Castilla ni bien en Portugal." A instancia de sus hermanos volvió después nuestro Valencia á la provincia de Santiago, donde edificó un monasterio junto á Belvis con el nombre de Santa María del Berrocal; y así de este como de los conventos que tenía á su cargo Fr. Juan de Guadalupe, con otros que dió la provincia mencionada, se formó en 1516 la custodia de San Gabriel, en que estaba comprendido el monasterio de San Onofre de la Lapa. En él vivió algún tiempo el venerable apóstol; y como es peculiar atributo de los buenos hacer bien en todas partes, contribuyó eficazmente desde su retiro á establecer armonía entre las casas de Priego y Feria, á la sazón desavenidas, conduciéndose de tal suerte, "que más les pareció á todos ángel del Señor, que no persona terrenal."

V

Vengamos ahora á la época más interesante de la vida de nuestro héroe.

La que fué custodia de San Gabriel es

ya provincia con el mismo nombre, y tiene por superior al venerable P. Valencia, que habita en el monasterio de Belvis. Llega un día á las puertas de éste un personaje, á quien los religiosos dan la bienvenida con las mayores muestras de cordialidad y acatamiento: es el General de la orden, el P. Fr. Francisco de los Angeles, después Cardenal de Santa Cruz, y viene ahora visitando las provincias de regulares de España sujetas á su obediencia. Esto pasa en el año de 1523, dos después de la conquista de México.

De esta visita, esperaban los religiosos ver hacer algún hecho de suma trascendencia, y no se engañaron, porque llegado el día de San Francisco, que estaba señalado para celebrar capítulo; hallándose en él llamó el general al P. Fr. Martín de Valencia, "é hízole un muy buen razonamiento, diciéndole cómo esta tierra de la Nueva España era nuevamente descubierta y conquistada, á donde, según las nuevas de la muchedumbre de las gentes y de su calidad, creía y esperaba que se haría muy gran fruto espiritual, habiendo tales obreros como él, y que él estaba determinado de pasar en persona al tiempo que le eligieron por general, el cual cargo le embarazó la pa-

sada que él tanto deseaba; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, porque si lo hiciese, tenía él muy gran confianza en la bondad divina, que sería grande el fruto y convertimiento de gentes que de su venida esperaban.”

Por esta vez tuvo una amable excepción la sentencia de La Bruyère, que dice: “Lo que más se desea es también lo que menos acude, ó si sucede no es ni en tiempo ni en circunstancia en que causaría extremado placer.” En la indicación que el general hizo al venerable religioso y que honra tanto á entrambos, el segundo vió colmados los deseos más vehementes que abrigara, y del placer que entonces hubo de sentir. puede juzgarse por la prontitud con que á poco tiempo efectuó su venida á nuestro país.

Ya apuntamos los más notables incidentes de este viaje y hemos seguido al P. Valencia con sus doce compañeros hasta dejarlos establecidos en la capital; dijimos también cómo se hablan repartido de cuatro en cuatro á misionar á las principales poblaciones entonces existentes, después de haber celebrado capítulo en que salió electo custodio nuestro apóstol; réstanos estudiar la vida de éste en el nuevo teatro á donde le llamó su

celo y que en breve llenaría con el esplendor de sus virtudes.

VI

Era una de esas mañanas de otoño, en que tras la lluvia de la noche precedente, el valle de México respira alegría y frescura: los árboles cargados de sabrosas frutas atesoran todavía en las hojas algunas perlas de agua cristalina, que dejan caer silenciosamente á las blandas caricias del céfiro: un ligero vapor que se tiñe de oro á los tibios rayos del sol naciente, se exhala de los lagos, y parece de lejos como el humo del incienso, como si fuese la plegaria que á su modo dirigiera el agua al Criador; los esbeltos montes descubren la frente de nieve por entre un anillo de nubes, y el cielo, lleno de luz y serenidad, fija una mirada cariñosa en la morada del hombre.

Apiñábase entre tanto, en el patio del convento de San Francisco, una muchedumbre de mexicanos al rededor de una gran cruz adornada de flores naturales. Colocados entre ellos algunos religiosos, le enseñaban una especie de canto llano; pero de suave y tierna melodía, que ellos repiten en coro, mostrando en

el semblante la seriedad y respeto del que asiste á un acto religioso. El aire recoge estos acentos como la expresión de un amor sencillo que sólo aspira á una vida de paz y de inocencia; como la protesta de sumisión á una fe divina, cuya enseñanza empieza á insinuarse en el alma, haciéndole entrever un horizonte de mejor vida.

De este modo enseñan los religiosos la sublime doctrina de Jesús á los recién convertidos aztecas, antes de darles el bautismo.

Vése asimismo en el patio no lejos del concurso, otra reunión compuesta de niños, á quienes da el nombre de hijos un fraile de unos cincuenta años de edad, y que rodeado de ellos, parece decir, como su divino Maestro: "Dejad á los niños acercarse á mí."

Este es el P. Fr. Martín de Valencia.

Como luego que vino á México se vió abrumado de tantas atenciones, siendo, además, ya entrado en años, no pudo dedicar al estudio de la lengua mexicana todo el tiempo que hubiera querido: logró, sin embargo, aprender algunas voces de las más usuales y necesarias, con cuyo caudal tenía lo suficiente para doctrinar á los párvulos, y enseñarlos á leer, en lo que mucho trabajó. Sentía

demasiado esta falta de conocimiento, especialmente porque le impedía ganar almas para el Evangelio mediante la predicación; más procuraba repararla, así con las labores indicadas, como con la enseñanza práctica de las virtudes y con el santo ejercicio de la oración, á que se entregaba fervorosamente mientras sus hermanos se atraían los corazones desde el púlpito.

Pero su ocupación favorita eran las lecciones á los niños, ante los cuales deponía su severo talante, revistiéndose de aquella bondad y mansedumbre que requiere tan sagrado como penoso magisterio. He aquí por qué la mañana referida asistía entre sus alumnos, y era grato contemplar al lado de la inocencia de los primeros años, á la inocencia adquirida á fuerza de virtud: ¡escena tierna en que se estrechaban la mano la niñez y la experiencia, la aurora y el ocaso de la vida!

No menos seductor, aunque de diverso carácter, es el cuadro que representa la gente agrupada en torno de la cruz, oyendo cantar y cantando alternativamente. Míranse en él felizmente hermanados en una sola familia animada de los mismos deseos, al pobre con el rico, á los siervos con los señores, á los "ca-

ciques" con los "macehuales;" en una palabra, á todas las clases y condiciones de la sociedad mexicana. ¡Hechizo poderoso de una religión de amor y paz! Ella inculca el augusto principio de la igualdad, y le realiza; predica la paz, y la establece; rodéase del infortunio, y le consuela; y de las ruinas de un imperio subyugado por la codicia armada, logra formar una sociedad laboriosa, inocente, benéfica, civilizada.

¡Espectáculo hermoso y que admiraría Grecia en sus mejores tiempos! Anáhuac ve reproducirse en su seno las maravillas y la santidad de la primitiva iglesia. A la voz del humilde hijo de San Francisco, fiel intérprete de las bellezas y armonías del cristianismo, despierta un pueblo del letargo de la superstición que pervertía sus más nobles instintos, congégase, obedeciendo á un atractivo inefable, á escuchar los acentos de la verdad, se despoja de sus hábitos feroces, y amamantado por una doctrina de amor y perfeccionamiento, se hace digno de alcanzar en el porvenir los más altos destinos.

VII

Desde el primer año que siguió al establecimiento de los franciscanos en la capital, los habitantes de México y de Tlaltelolco, que como ya se ha indicado, formaban dos ciudades reunidas, comenzaron á tener sus juntas en la cabecera de cada barrio, señaladamente los días festivos, y á ellas concurrían los apóstoles á doctrinar á los adultos y bautizar á los niños.

Celebrábanse estas juntas en unas piezas que Motolinía llama **salas antiguas**, "porque iglesia aún no la habla, y los españoles tuvieron también, obra de tres años, sus misas y sermones en una sala de éstas que servían por iglesia, y ahora es allí en la misma sala **la casa de la moneda**." Nuestros investigadores no deben perder de vista este apuntamiento, cuando traten de fijar las primitivas localidades del establecimiento que se acaba de mencionar. Cuánto tendrían que trabajar los misioneros en esas juntas para dar idea de los dogmas cristianos, y desarraigar de las almas el torpe vicio de la idolatría, sólo puede congeturarse en vista de los obstáculos que presentaban por una parte la dificultad de ex-

presarse á derechas en una lengua extraña, y por otra, la resistencia de los indios á desnudarse de antiguas preocupaciones. Pero todo lo avasallaba el noble celo de que estaban aquéllos animados, y ora valiéndose de figuras simbólicas para hacerse comprender, ora patentizando las inestimables ventajas de una religión de paz y de clemencia sobre los ritos sanguinarios del paganismo, lo cierto es que en breve salieron airosos de la empresa.

Contribuyó no poco á este feliz resultado la rara disposición que acreditaron algunos religiosos para el aprendizaje de la lengua mexicana, en la que llegaron á expresarse á los seis meses de residencia en la capital los reverendos Fr. Luis de Fuensalida y Fr. Francisco Jiménez. Ayuda eficaz para ésto les dieron también los niños, como ya en otra parte se ha indicado, si bien al principio no sacaron de ella todo el fruto que se prometían, y era de esperarse, por haber cometido el grave error de comenzar sus instrucciones en latín, enseñando en este idioma á persignarse y rezar las oraciones, tanto á niños como á gente adulta. Esta práctica no podía menos de inducir confusión en quien los escuchaba, sin saber latín ni castellano, pues oyéndolos

expresarse unas veces de un modo y otras de diverso, hubo de inferir que para aprender lo que le enseñaban y para enseñar lo que él sabía, era forzoso hacer prodigios de memoria.

Pero conocido el error, luego le enmendaron, echando mano del recurso que describe Vetancurt, y que expresaremos con sus mismas palabras: "inspíróles Dios que con los niños que tenían por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podían se ponían á jugar con ellos con pajas y pedrezuelas, para quitarles la vergüenza y con la comunicación aficionarlos: traían papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo, lo asentaban al propósito de lo que se hablaba; en juntándose comunicaban sus escritos, y sucedían no acertar; á los niños les enseñaban el castellano, y como hábiles á pocos días los niños, no sólo enmendaban lo que erraban, pero les hacían preguntas con que aprendían."

Descolló por sus servicios entre estos niños, uno cuyo nombre nos ha conservado la historia. Llamábase Alonso, y era hijo de una dama española que tenía dos, uno de los cuales era él. Ambos mantenían trato continuo con los muchachos mexicanos, y merced á esta circuns-

tancia habían llegado á ser muy peritos en la lengua, tanto que sabiéndolo los religiosos, consiguieron de Cortés que Alonso pasase á vivir de asiento con ellos en el monasterio, y de allí adelante los acompañaba de pueblo en pueblo, vistiendo el hábito, leyendo á la mesa, y siendo "maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio." Al fin llegó á ser religioso, con el nombre de Fr. Alonso de Molina.

Ya en nuestros estudios sobre el convento de Santo Domingo, señalamos, aunque brevemente, la cooperación de los niños mexicanos á la obra de la conversión del pueblo, y no será ésta la última vez que toquemos este asunto, encontrando á cada paso ejemplares que lo comprueban, pues con mucho fundamento decía Fr. Toribio de Benavente: "si estos niños no hubieran ayudado á la obra de la conversión, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fueran lo que escribió el Obispo de Tlaxcállan al emperador, diciendo: "Nos, los obispos sin los frailes intérpretes, somos falcones en mu-"da." Así lo fueran los frailes sin los niños."

Mas no perdamos de vista á Fr. Martín de Valencia.

VIII

Los sobrinos y nietos de Motecuzoma, que se educaban con gran esmero en el convento de San Francisco, eran señores de Cuauhtitlán, Tepotzotlán y otros pueblos á estos sujetos. Esta consideración movió á nuestros frailes á dar preferencia á los lugares indicados, con respecto á otros de la comarca, en la predicación del Evangelio y administración del bautismo; si bien no llegó á tal extremo que descuidasen de la salud espiritual de las otras poblaciones del valle y aún de tierras más lejanas. Prueba de este aserto son las expediciones fructuosas que hacían con esa mira á los lugares situados á las márgenes de la que entonces se llamaba "laguna del agua dulce."

Una vez salió de México nuestro Valencia, acompañado del P. Fr. Francisco Jiménez, y se encaminaron á visitar esos lugares que, según dice un historiador, no sabían ni cuántos eran.

Rayaba el alba convirtiendo el horizonte en una diadema de suavísima luz.

Desde las copas de los saucos, ó cerنيéndose á gran altura, saludaban las aves el advenimiento del día con esos himnos inefables, siempre los mismos, y

siempre nuevos para el corazón que los escucha.

Era el momento solemne en que combate el misterio de las sombras con la franca claridad del sol, que va á ostentarse; en que se apagan las estrellas, ofuscadas por las oleadas de esplendor que se derraman por el firmamento azul-oscuro; en que las menudas nubes teñidas de oro y púrpura emulan y aventajan á las flores de los prados y de los jardines; y en que la luna pálida, como una corola de azucena, parece una virgen sorprendida con la inesperada presencia de su amante.

Tal vez la brisa pasaba rozando con sus alas diáfanas la superficie de los lagos, y suspiraba armoniosamente entre la juncia.

Tal vez el agua hacía visos como una masa líquida de plata, enmedio de la cual jugueteaba el ánade azulado.

Y tal vez mientras vagaba la mariposa sobre las matas como una flor voladora, el eco solía traer al oído el melancólico canto del viandante que de apartadas regiones venía á la capital.

Entre tanto, los dos misioneros guiaban los pasos por la calzada de Iztapalápan, levantando al andar ligeras nubes de polvo, llegan al fuerte de Xolotl;

después á Huitzilopochco, hoy Churubusco; y por último, á Coyohuacán, pueblo donde residieron los españoles los primeros meses después de la conquista de México, y que más tarde perteneció con el nombre de villa al Marqués del Valle.

Para los naturales fué este un día de gran fiesta y regocijo. Antes de que llegaran los misioneros, salían á recibirlos en tropel, ofreciéndoles vistosos ramilletes, ordinario agasajo con que hasta ahora suelen algunas poblaciones obsequiar en tales casos á los cuías.

La presencia de los ministros de paz los consolaba de las continuas vejaciones que les causaban el poco miramiento y aún crueldad de los conquistadores insaciables.

—¡Ah, si todos fueran como éstos!, decían entre sí, dudando de lo que veían con sus propios ojos

—Ni nos hacen esclavos, ni violan á nuestras hijas.

—¡Ah, la esclavitud!, exclamaba alguno con muestras de la más viva indignación: ¡la esclavitud!... ¡es intolerable! Dentro de algunos años ya no habrá en todo Anáhuac suficiente carne de esclavos para contentar á esos gavilanes rabiosos. ...